

CAPITULO XXIII.

[1541.]

Sale de México el Virey D. Antonio de Mendoza al saber el ataque á Guadalajara.—El cacique Acateitli.—Manda Oñate explorar algunos pueblos inmediatos.—Noticias alarmantes de lo ocurrido en Purificación, Culiacán y Compostela.—Los indios de Coynan esperan en son de guerra al Virey Mendoza.—Intimación de éste á dichos indios.—Asaltos de los españoles sobre la fortificación de Coynan.—Defensa heroica de los sitiados.—Circunstancia favorable que proporciónó el triunfo al Virey.—Desesperación y actos heroicos de los vencidos.—Crueldades de los españoles.—Sanguinario parecer del Auditor de Guerra.—D. Antonio de Mendoza pone en libertad á 2,000 prisioneros.—Sale Oñate á encontrar al Virey hasta cerca de Nochistlán.

Al recibir el Virey Mendoza las alarmantes noticias del ataque á Guadalajara y del peligro en que se encontraban otras poblaciones de la Nueva Galicia, como Compostela, Villa de la Purificación, Acaponeta y Culiacan, á causa de la común sublevación de los indios, procuró apresurar su salida de México, la cual verificó el día 8 de Octubre de 1541 ¹ con un bien equipado y abastecido ejército de 30,000 hombres y alguna artillería, de los cuales solo 1,000 eran españoles y el resto mexicanos, tlaxcaltecas y tarascos. ² En esta expedición venía un cacique de Tlalmanalco llamado Acacitli, quien al tener noticia de dicha expedición, espontáneamente fué á ofrecer sus servicios al Virey, comprometiéndose á acompañarlo con muchos indígenas del referido pueblo y de otros. El Sr. Bustamante asegura que en pago de tan señalado servicio, solo mereció del Virey que se le

¹ Pérez Verdía, Compendio de Historia de México, c. III, p. 165.
² En México á través de los siglos.

dieran las gracias cuando terminó la terrible guerra del Mixtón, de que se va á tratar en seguida.

Pero antes de esto conviene saber lo que pasaba en la Nueva Galicia, mientras D. Antonio de Mendoza pudo recorrer con su formidable ejército el camino de México á Guadalajara, á cuya ciudad llegó después de tres meses.

Suponía Cristóbal de Oñate que á causa de la grande matanza verificada en los indios durante el asalto á la ciudad de Guadalajara, el número de éstos habría disminuido notablemente; de manera que para cerciorarse de esto, para saber lo que pasaba en las poblaciones inmediatas, así como para observar cuál era la actitud de los sublevados, envió Oñate á Juan del Camino con otros 20 españoles á recorrer dichas poblaciones, con orden de volver pronto á dar noticias. El primer punto que tocó fué Tlacotlan, pero léjos de encontrarlo despoblado, con grande sorpresa vió que había en él mucha gente. De allí pasando por otros pueblos llegó hasta el de Mestiquicacan, todos los cuales, cediendo á las instancias de Juan del Camino, ofrecieron deponer las armas é ir á Guadalajara á dar la obediencia al gobernador.

No pasó más adelante Juan del Camino, porque allí fué advertido por los indios *tecuxes* que eran de la encomienda de Juan de Zubía, de que los *caxcanes* seguían sublevados y preparándose para una nueva agresión, contra los españoles. Volvióse, pues, á Guadalajara á informar de las novedades ocurridas en esta breve correría, á cuya sazón recibió Oñate algunos correos en que se le comunicaban alarmantes noticias de algunos puntos de la Nueva Galicia.

El capitán Juan Fernández de Hajar, daba parte desde la villa de la Purificación de haber tenido algunos combates con los indios de aquel rumbo, no sin haberse visto bastante apurado para defenderse de ellos.

Cristóbal de Tapia, avisaba desde Culiacan que también por allá había síntomas de descontento entre los indígenas y que el gobernador Vázquez Coronado se volvía arrepentido y descontento de su expedición á Tzibola, por no haber encontrado el oro y las riquezas que esperaba y que le hicieron emprender tan distante y peligrosa expedición.

De Compostela avisaba también Juan de Villalba que

no podía proporcionar ningún auxilio de gente armada á Oñate, porque aquella villa podía considerarse como sitiada, puesto que habia sido preciso obstruir las entradas de algunas calles para evitar un asalto de los sublevados.

Todas estas noticias inquietaban á Oñate y le tenían perplejo, hasta que á fines de Octubre recibió un correo en que el Virey Mendoza le avisaba su proximidad por el rumbo de Cuitzeo y de Coynan. Esta noticia fué recibida en Guadalajara con grande regocijo, pues á pesar del triunfo que los vecinos de la ciudad acababan de obtener, no tenían mucha confianza de salir victoriosos en un nuevo encuentro con los rebeldes.

Al mismo tiempo, los indios de Coynan y de Cuitzeo, que estaban ya apercibidos de que el Virey Mendoza se dirigía á Guadalajara con un grande ejército, se prepararon anticipadamente para disputarle el paso, á cuyo efecto fortificaron el cerro de Coynan¹ cuyos flancos, defendidos por barreras inaccesibles de elevadas y ásperas rocas, parecían más inexpugnables con doce fuertes trincheras de piedra que se agregaron á toda la altura del cerro.

Más de 12,000 combatientes aguardaban en aquella fortaleza al Virey, dispuestos á morir en defensa de la patria, antes que volver á doblar la cervíz al yugo español.

En el mes de Diciembre de 1541 se avistó D. Antonio de Mendoza al cerro de Coynan, y queriendo justificar de alguna manera las hostilidades de los conquistadores contra los indígenas, envió emisarios á los que defendían dicho cerro, convidándoles con el perdón si deponían las armas y amagándolos con una guerra sin cuartel en el caso de que no aceptaran sus proposiciones; pero los indios, á quienes la experiencia había aleccionado lo bastante para no confiar en promesas que jamás se les cumplían religiosamente, rechazaron con dignidad las humillantes condiciones y amenazas del Virey.

No quedó, pues, á éste otro recurso que ordenar el asalto, pero aunque el primer empuje de los españoles fué formidable, su brío se estrelló contra la heroica defensa de los sitiados. Repitiéronse varios asaltos, mas sin resultado favorable ninguno. Se apeló á frecuentes intimaciones y

¹ Llamado posteriormente de San Aparicio.

promesas, pero nada bastó á vencer la actitud resuelta de aquellos valientes. Diez días de continuos y sangrientos encuentros habían transcurrido y las tropas españolas no aventajaban ni un palmo de terreno.

Quiso, sin embargo, la casualidad que el Virey se apercibiera de una circunstancia que vino á darle la victoria en momentos en que desesperaba ya del buen éxito de aquella lucha. Súpose que los sitiados carecían de agua y que solo podían proveerse de tan indispensable líquido, haciendo bajar en las noches algunas cuadrillas de indios con cántaros, á un manantial que estaba al pié del cerro. Hizo entonces el Virey disfrazar unos 500 auxiliares mexicanos y cargarlos también con cántaros, á fin de que simulando ser de los mismos sitiados, pudieran penetrar por medio de este artificio dentro del campo enemigo, á fin de facilitar así la entrada á los españoles.

Tan satisfactoriamente desempeñaron esta perfidia los mexicanos, que cuando los sitiados advirtieron el engaño, los asaltantes estaban ya dentro de las trincheras.

Tuvo lugar entonces una escena verdaderamente terrible, conmovedora, sublime. Los sitiados, que habían protestado morir al pié de sus fortificaciones ántes que dejarse subyugar, cumplieron sus promesas con un heroísmo espartano, pues mejor les era sucumbir gloriosamente en defensa de la patria, que aceptar una paz ignominiosa ó llevar una vida cargada de sufrimientos y cadenas, por más que esa vida y esa paz se les ofrecieran cubiertas con el deslumbrante ropaje de la civilización.

Desesperados los de Coynan, rabiosos por la traición de que habían sido víctimas, comenzaron á herirse mutuamente, matándose los unos á los otros, y los que de esta manera no lograban perecer, se ahorcaban de los árboles, se arrojaban á los precipicios rodando sobre las erizadas peñas ó se dejaban pasar por los puñales y las espadas de los asaltantes. Todavía más; las mismas mujeres, imitando á sus desventurados deudos en medio de aquella lastimosa y horripilante escena, ahogaban en sus brazos á los objetos más queridos del alma; esto es, á sus tiernos é inocentes hijos, ó bien los despeñaban desde la cumbre del cerro para que no quedaran como trofeo de una victoria debida á la iniquidad, á la traición, más bien que al valor y al poder de las armas.

Consumado este doloroso é inimitable sacrificio, las heróicas madres ponían fin á su propia vida, con la misma abnegación que sus padres, maridos y hermanos. El historiador Bancroft asegura que muchas mujeres y niños fueron pasados á cuchillo.

El recuerdo de sucesos como el que acabo de narrar debería grabarse en brillantes planchas, en indestructibles monumentos, para hacerlo perpétuo á través de las generaciones que vienen, pues actos tan sublimemente heróicos parecen más admirables que el consumado por los *mamelucos* en la batalla de Abonkir, cuando estos, arrollados por las tropas de Murat y Lannes, y prefiriendo una desastrosa muerte, antes que caer en manos del vencedor francés, se arrojaron al mar pereciendo ahogados en horrenda y lastimosa confusión.

Más de 6,000 víctimas quedaron regadas sobre el cerro de Coynan y 2,000 prisioneros fueron hechos esclavos de los vencedores; y como si no hubiera bastado tan horrible carnicería, el Auditor de guerra, tal vez transformado en tigre con el olor de tanta sangre y de tantos cadáveres mutilados, tuvo la osadía, el absurdo, la inaudita barbárie de consultar en aquellos momentos la pena última para esos dos mil infelices, que menos animosos ó afortunados que sus compañeros, no pudieron evitar el cautiverio. El Virey, sin embargo, no consintió en tan inicua sentencia, y queriendo cubrir con un acto humanitario, aunque extemporáneo, los deplorables resultados de aquella jornada mandó poner libres á los prisioneros.¹

El P. Tello asegura que el año de 1652, no había ni ocho indios en Coynan.

He aquí las consecuencias forzosas de aquellas inicuas guerras conducidas á sangre y fuego por los conquistadores, quienes invocando el nombre del Rey y la Religión, ni encontraban dique capáz de contener el desbordamiento de sus iniquidades, ni reconocían más fueros que los de su ambición y su capricho, ni empleaban otra ley que la del sórdido interés, ni más razón que la que proclamaban por medio de las punzantes lanzas ó de las destructoras bocas de los cañones.

¹ Frejes, p. 150.

¡Y así se quería que los indios no se sublevaran! ¡Así se quería que aquellos desafortunados séres no dejaran escapar por sus lábios una sola palabra de queja ó de descontento! ¡Así, en fin, se les quería hacer comprender los beneficios de la civilización, los buenos propósitos de la conquista, los consoladores goces del Evangelio!

Terminado el combate, ó mejor dicho, la matanza que se acaba de referir, recibió cartas de Guadalajara el Virey Mendoza, en las que se le daban detalles de todo lo ocurrido en aquella ciudad. A pesar del deseo que lo animaba de seguir luego la marcha hácia aquel rumbo, le fué preciso dar algunos días de descanso á su gente, después de lo cual se dirigió directamente á Nochistlán por Cerro Gordo, Acatie y Valle de Mexcala.

Oñate al saber el rumbo que tomó el Virey, salió de Guadalajara á encontrarle con 50 hombres de á caballo á las órdenes de Miguel de Ibarra, habiendo dejado la ciudad bajo la custodia de Juan del Camino y el resto de los españoles. Encontráronse Oñate y el Virey cerca de Nochistlán y después de haberse saludado afectuosamente y tributádose frases de respeto y cortesía, comenzaron á conferenciar respecto de lo que convendría hacer para acabar con la sublevación de los *caxcanes* y otras tribus que tanto quehacer habían dado á los conquistadores, hasta obligar al primer jefe de la Nueva España á emprender en persona una expedición formal y costosa.